

UNIVERSIDAD DE MEXICO

★ *ORGANO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO* ★

VOLUMEN V

MEXICO, OCTUBRE DE 1951

NUMERO 58

Celebración Centenaria de la Universidad Mexicana EL IV CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD

POR EL DR. LUIS GARRIDO

Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México

El 21 de septiembre de 1951 se cumplieron cuatrocientos años de haber sido expedida la real cédula que fundó la Universidad de México.

El centenario enfocó hacia nuestro país la atención del mundo entero. La conmemoración fue una fiesta ecuménica. De todos los rumbos de la tierra vinieron representantes, y ninguna Universidad excusó el envío de adhesión en cálidos mensajes, cuando no pudieron mandar legados personales. Aquí alternaban, con el Rector de la Sorbona y Presidente de la Asociación Internacional de Universidades, el ilustre hispanista doctor Jean Sarrailh, los legados de las Universidades alemanas e inglesas; con el Presidente de la Unión de Universidades Latinoamericanas, doctor Carlos Martínez Durán, ex Rector de la Universidad de Guatemala, los legados de las Universidades de El Cairo, Jerusalén, la India, Harvard, Princeton, California, Columbia, Yale; un premio Nobel japonés; el vicerrector de Salamanca; las Universidades católicas y las protestantes, las oficiales de los Estados y las privadas. Las agencias cablegráficas internacionales transmitieron amplias reseñas con la historia de la Universidad Mexicana y con las crónicas de las solemnidades.

La proyección universal de México en esta ocasión y el rango universitario que le concedieron los centros culturales del mundo entero, son los dos mejores frutos del centenario y han sido poderoso estímulo para los universitarios mexicanos. Otra cosa no debía esperarse, supuesta la magnitud del acontecimiento que se celebraba: el establecimiento de la Universidad Mexicana, la primera que abrió sus puertas en el continente americano.

El amplio programa conmemorativo fue trazado con estos pro-

pósitos: hacer una fiesta universal de la cultura; restaurar el espíritu humanista en que fue creada nuestra Universidad; mostrar a México y demostrar el progreso de la ciencia mexicana en los últimos años.

El primero de estos propósitos se vió cumplido por la nutrida asistencia de Rectores, Legados e invitados de casi todos los países del mundo; por los mensajes enviados de parte de las Universidades que no pudieron hacerse representar; por el sentido que inspiró a los actos y a los discursos realizados en estos días; por el otorgamiento de doctorados *honoris causa* a personas de diversas nacionalidades; por la serie de conferencias y otra clase de contribuciones internacionales que sustentaron hombres de ciencia extranjeros; por los lazos de amistad que quedaron establecidos al amparo de nuestra Universidad.

Dentro del segundo propósito cabe enumerar el uso del latín en el emblema del Centenario, en las aclamaciones que se cantaron y en el discurso pronunciado en el homenaje a los fundadores de la Universidad, la mañana del día 21, en el patio de la Facultad de Filosofía y Letras, frente a la estatua de Fray Alonso de la Veracruz; la exposición de la cultura mexicana, inaugurada en el Museo de Chapultepec el día 24; la restauración de la toga universitaria, que prestó inusitada solemnidad a los actos y que se ha traducido en noble estímulo para los universitarios mexicanos; la representación del *Diálogo* latino sobre la primitiva Universidad, por Cervantes de Salazar, hecho por alumnas de la Universidad Femenina como contribución a los festejos centenarios.

Al tercer propósito conspiraron la visita a la nueva Ciudad Uni-

(Pasa a la página 24)

Se publican seguidos, y en forma íntegra dada su significación, los discursos pronunciados por el Rector Garrido, don Jaime Torres Bodet, y el Rector Sarrailh, de la Universidad de París, en la solemne velada oficial del IV Centenario efectuada el 21 de septiembre de 1951 en el Palacio de Bellas Artes.

LA VENA ENSOÑADORA exaltada por Cervantes en el Caballero de la Triste Figura, cabalgando en Rocinante con el yelmo de Mambrino, es la misma que hizo vibrar al pueblo español en el amor al ideal y en aquella audacia que realizó la epopeya de la conquista, ensanchando las márgenes de la historia.

A las dilatadas playas americanas, con el soldado ávido de oro, llegó también el misionero de la noble cruzada evangélica. El pergamino y los sellos plúmbeos de las Bulas pontificias de Alejandro VI, daban un sentido espiritual al nuevo imperio, que al entregarlo a la España católica del siglo XVI le transfería el sentido ecuménico de su cultura.

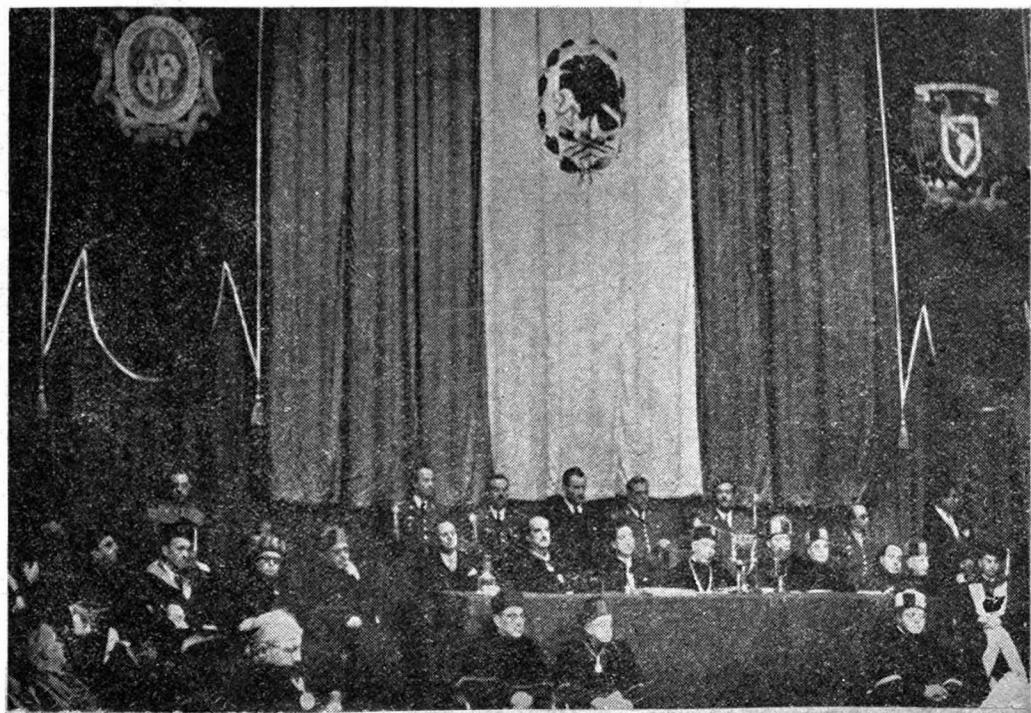
Con los últimos disparos de arcabuz, se fundaba una nueva nacionalidad con elementos de las dos razas.

Los religiosos llegados a la antigua Tenochtitlán, muchos de ellos sabios ilustres, se preocuparon por la enseñanza como medio de difundir los valores fundamentales de la civilización occidental, secundando la gestión de Fray Juan de Zumárraga, del Ayuntamiento y del Virrey don Antonio de Mendoza para fundar un centro universitario en la ciudad de México.

En 1551, cuando Solimán ordena el exterminio de los caballeros que con un claro idealismo, con sus blasones y divisas guardaban en Malta la iglesia de San Juan, desafiando el dominio turco y el sol abrasador del Mediterráneo, su Majestad Imperial Carlos V —el Emperador más grande que desde Carlo Magno había visto la cristiandad— manda por cédula expedida el 21 de septiembre en la ciudad de Toro, que se fundara "un estudio Universidad de todas ciencias donde los naturales y los hijos de españoles fuesen ilustrados en las cosas de nuestra santa fe católica, y en las demás facultades".

Criollos, mestizos e indios dieron muestras de sus excelentes aptitudes para asimilar la cultura. La Real y

En el estrado de la velada oficial del IV Centenario se ve, entre otras personas, al licenciado Fernando Casas Alemán, Jefe del Departamento del Distrito Federal; doctor Jean Sarrailh, Rector de la Universidad de París; licenciado Miguel Alemán, Presidente de la República; doctor Luis Garrido, Rector de la Universidad Nacional de México; licenciado Manuel Gual Vidal, Secretario de Educación Pública, y don Jaime Torres Bodet, Director General de la Unesco.



UNIVERSIDAD DE MEXICO

Organo oficial de la Universidad Nacional Autónoma de México

RECTOR:

Doctor Luis Garrido

SECRETARIO GENERAL:

Doctor Juan José González Bustamante

DIRECTOR:

Rafael Corrales Ayala, Jr.

JEFE DE REDACCION:

Antonio Acevedo Escobedo

CORRESPONSAL EN WASHINGTON, D. C.:

Dr. Rafael Heliodoro Valle

GERENTE:

Germán Pardo García

SRIA. DE LA ADMINISTRACION:

Srita. María Guadalupe Sáenz

Bolivia 17 (Imprenta Universitaria)
Teléfonos: 13-41-65 y 39-31-77

REDACTORES:

Dr. Alfonso Pruneda

Lic. Agustín Yáñez

Francisco González Guerrero

COLABORADORES:

Arturo Adame Rodríguez

José Attolini

Salvador Azuela

Alfredo Cardona Peña

Antonio Castro Leal

Enrique A. Cervantes

Alí Chumacero

Francisco Díaz de León

Isidro Fabela

Justino Fernández

Mauricio Gómez Mayorga

Martín Gómez Palacio

Francisco González de Cossío

J. M. González de Mendoza

Efraín Huerta

Julio Jiménez Rueda

Roberto Llamas

Vicente Magdaleno

José Luis Martínez

Pablo Martínez del Río

Lucio Mendieta y Núñez

Vicente T. Mendoza

Francisco Monterde

Federico K. G. Mullerried

Edmundo O'Gorman

Enrique Juan Palacios

Mario Pani

Salvador Pineda

Samuel Ramos

Victor Rico

Francisco Rojas González

Jesús C. Romero

J. Ignacio Rubio Mañé

José Silva

Manuel Toussaint

Emilio Uranga

Luz Vera

Leopoldo Zea

UNIVERSIDAD DE MEXICO
aparece mensualmente

La correspondencia, canje o valores deben remitirse así: Revista "Universidad de México". Justo Sierra 16. México, D. F.

Precio del ejemplar . . . \$ 0.50
Suscripción anual . . . 5.00

Pontificia Universidad de México fué sin duda la institución científica más respetable de América, según el testimonio de sus diversas constituciones, fundiendo el humanismo renacentista con las ideas y sentimientos de la nueva nación. Por ello no podemos desconocer nuestra ascendencia hispana, pues como decía Renan: "Los verdaderos hombres del progreso son aquellos que tienen por punto de partida un respeto profundo al pasado: todo lo que hacemos, todo lo que somos, es el resultado de un trabajo secular."

En la cátedra de retórica, Cervantes de Salazar nos traía la clara voz de las humanidades. Fray Alonso de la Veracruz, el insigne agustino, primer profesor de filosofía, comentaba los textos de Aristóteles y con gesto magnífico donaba dos millares de libros al Colegio de San Pedro y San Pablo.

La difusión de la cultura europea en Nueva España se caracterizaba por la acción evangelizadora, asimiladora y universalista del conquistador, que otorgó a la Universidad las mismas mercedes y privilegios de las de Salamanca y Alcalá de Henares. De sus aulas salieron historiadores y cronistas, teólogos y médicos, los fundadores de misiones y colegios.

Con los ojos del espíritu la evoco así: Cae el crepúsculo. Los pirules se ensombrecen; cobran un tinte oscuro las piedras del cercano palacio virreinal. La tenue luz de la tarde se desliza oblicua al ras de los canales. Ya no atruenan en los claustros y patios de la Universidad, las voces graves de los frailes; sólo se oye el rastreo de los pies de algunos estudiantes rezagados, afables y sonrientes. En este ambiente resignado y melancólico, en que la Edad Media se prolonga ingenua, sentimental y piadosa, se forman en el siglo XVI algunos universitarios notables, como el doctor Pedro Farfán, dos veces Rector, visitador y autor de los primeros Estatutos de la Universidad hechos en México; el canónigo Juan González, insigne protector de los indios; el oidor don Vasco de Puga, compilador del Cedulaario que lleva su nombre, y fray Bartolomé de Ledesma, una de las inteligencias más preclaras.

Durante estos siglos coloniales la Universidad ofrece, con caracteres casi dramáticos, el eterno conflicto entre la razón y la fe. En el siglo XVII deambulan por sus aulas don Juan Ruiz de Alarcón, supremo prestigio literario; el celeberrimo escritor y matemático don Carlos de Sigüenza y Góngora; don Juan de Palafox y Mendoza, visitador, virrey y capitán general, autor de los más importantes Estatutos que tuvo la Universidad de México; don Francisco Javier Gamboa, famoso comentarista de las Ordenanzas de Minería; los hermanos Javier, Juan y Luis Becerra, gran juriscultista el primero y notable poligloto

el último; Manuel Ignacio Cisneros, fundador del Colegio de Abogados; Juan Ignacio Castorena y Ursúa, precursor del periodismo en México; y José María Luis Mora, el eximio sociólogo y político.

Hasta el segundo tercio del siglo XVIII se habían graduado en la Universidad, según refiere don Juan de Palafox, mil ciento sesenta y dos doctores, habiendo salido de su seno ochenta y cuatro señores arzobispos y obispos y muchos eminentes togados en las Reales Audiencias de México, Guatemala, Santo Domingo y Manila, así como prebendados, canónigos y dignidades de venerables cabildos, inquisidores, jueces, gobernadores, alcaldes mayores, abogados, médicos y eminentes catedráticos como los doctores Juan de Cervantes y Maldonado, que lo fueron de la Universidad de Salamanca; el doctor Cortés, que leyó filosofía en la de Alcalá de Henares; el doctor Guevara, que regentó una cátedra de Cánones en Valladolid, y otros que impartieron enseñanza en las Universidades de Sevilla y Granada.

Pero de tan preclaros varones, nada tan fecundo como la obra de los misioneros. Al abandonar las aulas bulliciosas de la Universidad Pontificia o la blanca celda del convento, con un pequeño fardel de ropa, se aventuran por los polvorientos caminos, bajo la luz dorada del atardecer, henchidos de fe y entusiasmo. Nada les amedrenta. Allá van hacia las provincias internas para evangelizar a los indios, con abnegación, movidos no por la riqueza sino por la caridad. Y allá van bajo un sol de fuego, en la tarde esplendorosa, con los ojos puestos en la ermita que construirán para enseñar su mensaje de inefable bondad, sin importarles las horas angustiosas, las lluvias torrenciales, las hondas barrancas, los ríos turbulentos o los llanos inmensos.

La fuerza intelectual de la Universidad trabajó por la unidad de la Colonia, difundiendo el idioma y la religión de España. El ambiente espiritual lo saturó de ideas ascéticas. Canteros e imagineros, labraron con amor la piedra y madera de conventos e iglesias, para crear flores, frutas y querubines en las columnas y entrepaños, en las ventanas y los frisos, resaltando afiligranados blasones en el dintel de templos y palacios. La esencia cristiana de España marcó la cultura de la dominación, que no anheló tanto la grandeza científica cuanto el esplendor de la virtud, pues como decía Gracián: "Ser del mundo, poco o nada es. Serlo del cielo es mucho; a cuyo gran Monarca sea la alabanza, sea la honra, sea la gloria."

La Universidad Pontificia tiene sus periodos de esplendor y decadencia. Ya el doctor Moya y Contreras dice al Presidente del Consejo de Indias: "La Universidad está tan flaca y des-

BANCO LATINO AMERICANO, S. A.

DEPARTAMENTO DE AHORRO

RECORDAMOS A UDS.

Que tenemos a su disposición nuestro Departamento de Ahorro, donde podemos servirles en la siguiente forma:

A P E R T U R A :

Pueden ustedes abrir su cuenta, con sólo \$1.00 (un peso, 00/100) inicial.

A L A V I S T A :

Pueden ustedes retirar a la vista hasta \$100.00 o el 30% del monto de sus ahorros, cuando pasen de esta suma.

RETIROS MAYORES:

Con aviso anticipado de 15 ó 30 días, pueden retirar \$500.00 o el 60%; \$1,000.00 o el total de sus depósitos, respectivamente.

I N T E R E S E S :

Les abonamos intereses de 4% anual, sobre sus ahorros, cuando pasen de \$5.00 (cinco pesos, 00/100).

Publicación autorizada por la Comisión Nacional Bancaria en oficio núm. 601-1110748 de 6 de agosto de 1948.

Balderas núm. 34

Teléfonos: 35-94-50 y 18-03-87
México, D. F.

Electromotor S. A.

Representantes de la Casa

HOSKINS

Muflas, Hornos y Pirómetros

MAQUINARIA

Y

MATERIAL

ELECTRICO

DOLORES N° 28

(Entre Av. Independencia
y Artículo 123)

Apartado Postal 480

Teléfonos: 12-79-21 y 36-16-89

México, D. F.

autorizada, que antes parece que va en disminución que en acrecentamiento." La rutina, la tradición y la resistencia a que penetrara en sus aulas el libre aire de las ideas, selló la suerte de la Institución.

Se la declaró "inútil, irreformable y perniciosa"; "baluarte del obscurantismo"; "refugio de las ideas más añejas". Es así como acabó de extinguirse el centro de estudios que iluminó la vida colonial con sus cátedras de escolástica y teología, porque no reconoció el nuevo principio de vida que el espíritu de la época imponía. De ella sólo quedaba el encanto melancólico de lo viejo.

El afán por encontrar formas adecuadas a los ideales de soberanía, progreso y felicidad, cuando advino, con la Independencia, la República, afectó de inmediato a la Universidad, que mudó el título de Real por el de Nacional, y cuya historia, desde 1833 hasta 1865, en que la suprimió Maximiliano, es una larga serie de muertes y resurrecciones, a compás de las vicisitudes de nuestra historia.

Un hombre de perfecto equilibrio espiritual, el Maestro Justo Sierra, consagrado como uno de los grandes maestros de América, a quien le tocó la gloria de crear la nueva Universidad, atribuye su desaparición al "espíritu de mejorar, destruyendo, en lugar de transformar, mejorando", según afirma en el espléndido libro *Evolución política del pueblo mexicano*, pensamiento que reitera en la Cámara de Diputados, el 26 de abril de 1910, al exponer el proyecto de Ley que crea la Universidad Nacional de México: "La historia se compone de resurrecciones —dijo ante los representantes populares—; nada ha muerto, todo resucita y todo vive cuando ha resucitado, si se apropia y sabe adaptarse a las nuevas necesidades, a los nuevos medios. En virtud de eso me atrevía yo a rectificar: esto que se llamaba muerto (la Universidad) para mí no debía haber muerto, sino que debía haberse transformado; eso sí, radicalmente transformado."

Al servicio de este ideal de transformación radical, el maestro Sierra consagra treinta años de su vida ejemplar. En 1881 formula el primer proyecto de nueva Universidad; el 22 de septiembre de 1910 la inaugura, coronando gigantesca labor al frente de la educación nacional.

Según palabras textuales dichas en el Consejo de Educación el 17 de enero de 1910, al iniciar las discusiones técnicas del proyecto que habría de llevar a feliz realización, y después de esbozar la evolución de la Universidad Mexicana desde el virreinato, afirmó: "Ahora tratamos de reconstruirla, para que sea un centro de alta cultura científica, en consonancia con los progresos modernos."

Para marcar mejor este propósito de modernidad, en su célebre discurso

de inauguración pronunciado al abrirse las puertas de nuestra Casa, el maestro Sierra cortó amarras con el pasado, celoso de que la Institución fincara en el presente y se proyectara sobre lo porvenir.

Pero una y la misma eran las funciones de la vieja y de la nueva Universidad. Una y la misma la fuente de donde procedía: por una parte, como acto del poder público; por otra parte, como necesidad de agrupar orgánicamente las instituciones encargadas de impartir la cultura superior, con jurisdicción nacional, que la Ley nos otorga como hace cuatrocientos años la otorgó la Cédula Real de Carlos V.

Conformes los universitarios mexicanos con las citadas palabras del maestro Sierra, no podemos declinar el honor de haber sido la sede de la primera Universidad que abrió sus puertas en la tierra firme de América. Y así como la Sorbona, suprimida por la Revolución Francesa y restaurada muchos años después, se ufana en ser la más antigua Universidad, como lo reconoció el propio don Justo Sierra al invitarla por madrina de nuestra Casa de Estudios, así nosotros, este día, celebramos, con la fundación de la Universidad Mexicana, uno de los fastos mayores de la historia cultural de América, timbre del abolengo espiritual de nuestra patria.

Al triunfo del liberalismo se inició una corriente educativa que, valorizando las ideas renacentistas, cartesianas y humanistas, orientó la enseñanza en un sendero científico y positivo. Barreda, discípulo de Comte, fué el que encauzó la corriente de esta reforma en la Escuela Nacional Preparatoria.

La vida universitaria no tardó en verse sometida a multitud de tropiezos, primero, por la transformación social y económica que sufrió el país, y después, por dificultades internas. El gobierno, no pudiendo tener un control efectivo sobre ella, le concedió su autonomía mediante la Ley de julio de 1929, a fin de que pudiera organizarse ella misma. A pesar de las condiciones adversas en que ha transcurrido esta etapa de la Universidad, puede afirmarse que la reforma ha dado frutos indiscutibles, manteniendo el principio de libertad, de investigación y de crítica, perfilando así la meta institucional de alcanzar la cultura para divulgarla y dar a la comunidad las técnicas que requiere para sus necesidades.

En esta solemne ceremonia, la Universidad evoca su pasado con la sensación profunda del tiempo y de la eternidad. Pero su pasado, con ser tan glorioso, no puede ser ya fuente de inspiración ante las transformaciones del mundo moderno. Esta fiesta aspira a recordar que hace cuatro centurias, en estas vastas tierras americanas, se encendió la luz de la cultura y desde

EVITE LOS CATARROS CONSERVESE LLENO DE SALUD

Las primeras señales de peligro, como son:

- Fatiga o flojera constante,
- Dolores de cabeza, de pecho,
- Respiración fatigosa y
- Fuertes escalofríos.

Le están indicando a USTED, que sus defensas orgánicas se hallan disminuídas, y que será fácil presa de un catarro que puede ser el principio de una pulmonía.

Vea de inmediato a su médico, para que le recete los medicamentos que le evitarán complicaciones y le curarán.

Además usted debe cuidarse de los cambios bruscos de temperatura, los enfriamientos repetidos, la respiración constante de polvos. Y no olvide que el agente causal de la "gripa" es altamente contagioso y da lugar a los brotes epidémicos.

AISLESE y consulte de inmediato al médico para no contagiar a los seres queridos que le rodean.

Aumente sus defensas orgánicas y proteja su salud, haciéndose regularmente su examen médico general.

Acuda a los servicios del Instituto, y solamente en el caso de que su enfermedad le impida asistir a la Clínica, solicite la atención a domicilio haciendo sus llamadas telefónicas entre las 7 y 18 horas a través del 07.

INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL



**BANCO NACIONAL HIPOTECARIO
URBANO Y DE OBRAS
PUBLICAS, S. A.**

Fco. I. Madero N° 32
MEXICO, D. F.

★

Capital autorizado: 125.000.000.00

Capital pagado: 28.225,200.00

★

Adquiera usted nuestros bonos hipotecarios, cuyos ingresos se destinan a la construcción de obras y servicios públicos, y habrá hecho una inversión segura obteniendo una renta semestral fija garantizada.

El mercado de nuestros bonos garantiza a usted en cualquier momento la liquidez de su inversión y las posibilidades de su venta en todo tiempo.

Publicación autorizada por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio N° 601-II-7022 del 29 de mayo de 1948.



**UNICAMENTE
CONSERVAS
DE CALIDAD**

DESDE 1887

**CLEMENTE JACQUES
Y CIA., S. A.**

MEXICO, D. F.

entonces, como antorcha inextinguible, la Universidad ha iluminado los caminos de la patria compartiendo sus dolores y alegrías, dando ejemplos de abnegación, lecciones de moral y la constante incitación de poner el saber al servicio de México, y de utilizar los conocimientos en bien de la humanidad.

Estos cuatro siglos de vida universitaria significan para la nación un privilegio y una responsabilidad. Recibimos como preciado don, estando en proceso aún la epopeya de la colonización, el de acoger la simiente de la cultura occidental, y cuando en tantos otros lugares en donde hoy se levantan naciones florecientes y poderosas, reinaban aún el silencio o la barbarie. Pero también debemos advertir que al recibir tan singular distinción, contrajimos un deber ineludible: ser dignos de tal gloria, manteniendo nuestra jerarquía espiritual basada en la justicia y en la libertad más auténtica.

La historia de la Universidad se encuentra íntimamente enlazada con nuestra evolución política. El pensamiento de Independencia, la emancipación de la Reforma y los anhelos de la Revolución Mexicana han repercutido en sus aulas, pero también la Universidad ha contribuido poderosamente a la unidad nacional, como agente del sentimiento patrio, formando en el fondo de nuestra alma colectiva ciertas miras y sentimientos que aseguran una verdadera solidaridad fundada en elementos económicos, espirituales y técnicos.

De generación en generación la Universidad Mexicana ha incrementado nuestras tradiciones y el acervo de obras artísticas y científicas, pero sobre todo ha formado a los hombres que investigan la realidad de nuestra existencia para estudiar la naturaleza y hacerla producir. La conciencia de nación se manifiesta cada vez mejor, por esa unión y unidad que da el factor educativo. Un pueblo, para prosperar, necesita conocerse a sí mismo, lo cual sólo se obtiene mediante la reflexión sobre sus sentimientos e ideas.

Y en este conocimiento colabora la Universidad. La Universidad que ha estado vinculada a la nación como principio espiritual en su pasado de esfuerzos, de sacrificios, de abnegaciones, y en su anhelo presente de que la cultura beneficie a las masas para que la ciencia y el arte no sean el privilegio de una minoría.

Con plenitud de esfuerzos se asocia a la idea de que el hombre no puede alcanzar máxima cultura, sino merced a la libertad del intercambio intelectual en el orbe. Los ideales, anhelos y esperanzas de la Universidad Mexicana han estado al servicio de la cohesión humana. Por ello, en esta memorable ocasión ha conferido gra-

dos honoríficos a hombres de categoría universal, por sus aportaciones científicas o humanísticas.

¡Cómo hubiera gozado esta ceremonia el espíritu universalista de Antonio Caso, hijo preclaro de la Universidad y uno de sus maestros más inspirados! "Nadie puede suprimir el punto de vista humano —afirmaba con su elocuencia característica— en la obra de la escuela. Nadie puede consagrar a las juventudes al solo culto de la sangre y de la patria. Porque no hay sangre ni patria que prevalezca sobre la obra total de la estirpe humana..."

Y otro hijo insigne de sus aulas, don José Vasconcelos, la dotó, en su carácter de Rector, con un criterio de universalidad y belleza, con el lema que hoy ostenta: "POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU", para significar que la Institución está llamada, con sus hermanas de la América Española, a ser la expresión cultural de la raza definitiva del continente. "Hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos, y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente espiritual."

En 1912, del seno de la Universidad surge un grupo de jóvenes que fundan el Ateneo de la Juventud, y que más tarde ocupan lugares encumbrados en las letras, la política o la ciencia. Su acción intelectual debilita la influencia extranjera, por el fervor

que alimentan por el estudio y conocimiento de nuestra cultura. Son los años de las energías revolucionarias. México se revela a sí mismo.

Es la época en que González Martínez canta la dulce y temblorosa inquietud de su espíritu profundo bajo los signos nuevos. En que Saturnino Herrán aborda la pintura para revelar el ambiente mexicano: sus volcanes empenachados de nieve, sus danzas populares, los brillantes colores de sus flores silvestres y, sobre todo, la clara belleza de sus mujeres morenas, de trenzas y rebozo. Y en que un preclaro hijo de la Universidad, don Alfonso Reyes, fija los primeros sillares de su magnífica y dilatada obra, que es honra de nuestra cultura.

La Universidad había rebasado el positivismo auspiciado por Barreda. Por sus aulas desfilan las doctrinas de los filósofos que superaron el concepto científico. Restablecimos la enseñanza de la Historia de la Filosofía y de las Humanidades. Desde entonces nuestra Universidad ha equilibrado el conocimiento. Materia y espíritu, ocupan con rigor científico el lugar que les corresponde. Un nuevo principio de vida supera sus etapas teológica y metafísica. Las Ciencias y las Humanidades se enlazan en una armonía comparable a la de las leyes de la Naturaleza y del espíritu humano.

En esta evolución cabe reseñar la influencia de los universitarios en los



**Ingenieros
Civiles
Asociados
S. A. de C. V.**

destinos de la patria. La Revolución Mexicana, que ha transformado al país, debe a ellos principalmente su esfuerzo técnico. En las leyes que organizan nuestra sociedad y en las grandes obras materiales de servicio público, siempre ha intervenido algún egresado de nuestra Casa de Estudios.

En sus escaños estuvo Jaime Torres Bodet, cuyo esfuerzo considerable y prestigioso es una lección de heroísmo educativo y de concordia internacional.

En el actual Gobierno de la República encontramos un selecto grupo de ascendencia universitaria presidido por un hijo de la Facultad de Derecho, siempre fiel a las mejores causas humanas, que con sostenida inspiración ha logrado incuestionable progreso ciudadano, haciendo vibrar al país con las obras públicas, que eliminarán la obscura incertidumbre de nuestro porvenir económico.

En este admirable programa de construcciones figura la Ciudad Universitaria, que como un símbolo de unión entre el pasado y el presente, yergue sus edificios de líneas modernas sobre las rocas volcánicas del Pedregal, que guardan vestigios de la civilización precortesiana. Ningún presente mejor podía hacer el Gobierno a la Universidad en su actual etapa, que esta obra suprema, que le permitirá llevar a cabo las reformas que la experiencia aconseja y la renovación que el ideal suscita.

Con la decisión y la clarividencia de los estadistas auténticos, el Presidente de la República ha colocado en el primer plano la educación nacional. La Ciudad Universitaria deberá al entusiasmo y a la ayuda del doctor Miguel Alemán, su vida desarrollada bajo el triple anhelo de la libertad, de la tolerancia y de la idea.

El creciente adelanto de las disciplinas científicas, que marca una era de gran esplendor a la industria y a las técnicas, afectando también a los problemas sociales, ha merecido de la Universidad preferente atención, destacando en la obra de la cultura científica, los progresos de la física. Estamos al comienzo de la más grande modificación que la historia haya jamás sufrido y las universidades deben preparar a los hombres para este período inmediato.

Los hombres de ciencia de México han trabajado callada y celosamente. Es llegado el momento de contabilizar los resultados obtenidos en los últimos cincuenta años, y ninguna oportunidad mejor que estas fiestas jubilares de la Universidad. A ello se debe la organización del Congreso Científico, que en breve inauguraremos, con la asistencia de grandes maestros e investigadores extranjeros.

Pero los desarrollos científicos no deben hacer olvidar a la Universidad, que el mundo de hoy la obliga a contribuir en la afirmación del principio

de la dignidad de la persona humana, a difundir el respeto a los derechos fundamentales del hombre, y a promover su efectiva observancia. La dignidad del individuo y los derechos básicos del hombre son a la vez una de las condiciones y una de las metas principales de la cultura.

Son condición para una auténtica cultura, porque la cultura tiene pleno sentido solamente como medio al servicio del hombre, como instrumento para que el hombre pueda realizar los valores a los que está llamado, como procedimiento para la elevación de la persona. La cultura resultará auténtica y estimable, sólo en la medida en que reconozcamos que es en la persona donde encarna la realización de los más altos valores. Y persona quiere decir ser con fines propios, ser que tiene un fin en sí mismo y que nunca debe ser degradado a la situación de mero medio al servicio de fines ajenos; quiere decir, en suma, ser que posee dignidad. Del reconocimiento de la dignidad fluyen como corolarios los derechos fundamentales del hombre. Así, dignidad y derechos fundamentales son requerimientos éticos de validez universal, que constituyen el supuesto de una verdadera cultura; pero son algo más, son también el requisito indispensable para que pueda florecer de hecho una cultura genuina. Ésta puede desenvolverse solamente sobre la base de la dignidad espiritual de la persona y en un ambiente de libertad, es decir, de libre discusión, de franqueza para todas las ideas, de ilimitados horizontes para la investigación.

Ahora bien, la dignidad individual y los derechos humanos básicos son, además, una de las metas de la cultura, porque representan uno de los más altos fines éticos. Filosofía, Ciencia, Arte, Técnica y Economía deben elevar y mejorar al hombre y ayudarlo a desarrollar todas las potencialidades de su personalidad. La cultura no es una realidad transpersonal independiente del hombre, sino que es una función de la existencia humana para orientar ésta hacia los valores, de los cuales ha menester. Por eso, al promover el reconocimiento de la dignidad personal y la efectiva observancia de los derechos fundamentales del hombre, la Universidad cumplirá con una capital exigencia de los valores.

En la vida de nuestra Universidad no ha dejado de brillar como estrella fulgente la libertad de pensamiento, como derecho inherente a la persona humana. Aún en la época colonial, el doctor Díaz de Gamarra enseñó que en la investigación de la verdad debe seguirse a ésta sin jurar por la palabra del maestro. En tiempos más recientes consagró su autonomía y libertad de cátedra con sangre estudiantil. En medio de las tempestades sociales, no dejó de ser guía de la patria.

La obra de su pensamiento ha sido

teológica en la dominación española, positivista con Barreda; ha profesado el criticismo con Sierra y la intuición con Caso. Hoy se asienta en el examen objetivo de los fenómenos, en el análisis libre de las doctrinas y las instituciones, en el amor y servicio a la patria, pero también con emoción de fraternidad humana en el propósito de que reinen sobre la tierra los bienes del espíritu.

Señores Delegados Universitarios:

La Universidad a cuyas fiestas jubilares asistís os da por vuestra presencia las más cumplidas gracias y en su nombre os suplico transmitáis, a vuestras respectivas instituciones, su más afectuoso saludo. Con particular simpatía y amistad recordamos a las Universidades madrinadas, cuando en 1910 se restableció nuestra Casa de Estudios. A nuestros hermanos de

raza e historia de Salamanca. A la Universidad de París tan dignamente representada en la persona de su egregio Rector Jean Sarrailh y a la Universidad de California, exponente de la gran civilización americana.

Agradecemos con profunda gratitud los mensajes de los centros de cultura superior que no pudieron acreditar representantes. Es un presagio alentador advertir cómo las universidades del mundo se unen generosamente para conmemorar sus aniversarios, y para unir sus esfuerzos coordinados y perseverantes en la conquista de sus nobles ideales.

Por lo que concierne a nuestra Casa, sus mejores anhelos y empeños están en realizar, asociada a las demás universidades del mundo, un renacimiento humanismo, un humanismo concreto al servicio de los hombres reales, como promesa inefable de horas más lúcidas y mejores.

DISCURSO DEL DR. JEAN SARRAILH

Rector de la Universidad de París

J'AI LE TRÈS GRAND HONNEUR de prendre la parole au nom des nouveaux docteurs honoris causa pour offrir à Monsieur le Président de la République et à Messieurs les Ministres qui honorent cette cérémonie de leur présence nos respectueuses salutations. Nous savons tous leur efforts énergiques et couronnés de succès pour développer la culture et la science dans leur pays. C'est à ce titre que nous les prions d'agréer notre hommage le plus déférent.

Je veux aussi exprimer à notre illustre ami, le grand juriste et administrateur, Monsieur le Recteur D. Luis Garrido ainsi qu'à tout le corps profesoral notre profonde gratitude pour la haute dignité académique qu'ils viennent de nous conférer. Nous voulons aussi les assurer de notre sincère et cordiale affection.

Antes de proseguir esta breve allocución, quiero pedirlos ante todo, señoras y señores, que me perdonéis por

el gran atrevimiento de hacer uso en adelante de vuestra lengua materna. Me figuro que bien entenderéis el sentido profundo de esta audacia: así me será permitido afirmar con más fuerza la amistad entrañable que me une al pueblo y a la Universidad de México, y aseguráros que merced a la comunidad del idioma me siento más cerca de vuestro pensamiento y vuestro corazón.

Mis colegas y yo experimentamos en estos momentos gran emoción al vestir esta noche la toga de vuestra Universidad, al ingresar en vuestra familia de alta alcurnia y noble abolengo espiritual. Es que, señoras y señores, conocemos su historia ya vieja de cuatro siglos, tan bien bosquejada por los brillantes oradores de esta mañana, su lento caminar en medio de muchas dificultades y grandes obstáculos, sus luchas contra varias clases de enemigos, sus fortunas y adversidades, sus horas de esplendor y deca-



El licenciado Agustín Yáñez impone la muceta de doctor honoris causa al Rector Sarrailh, de la Universidad de París.

dencia. Sabemos muy bien que, como la venerable Sorbona y otras Universidades europeas, sufrió el peso de la disciplina escolástica, a pesar de las inquietudes renacentistas y, más tarde, del vendaval de libertad en el siglo XVIII.

Pero no ignoramos lo que significó la gloriosa fecha de 1910, cuando se trató no de restaurar un organismo viejo y casi moribundo, sino de crear una escuela nueva, abierta al progreso científico y consagrada a la ilustración y prosperidad del pueblo mexicano. Ya nos parece que en estos instantes oímos la voz elocuente del apóstol de la cultura nacional, del Maestro don Justo Sierra, cuando afirmaba: "Los fundadores de la Universidad de antaño decían: «La verdad está definida, enseñadla.» Nosotros decimos a los universitarios de hoy: «La verdad se va definiendo; buscadla.»"

Tampoco hemos olvidado, más cerca de nosotros, el concepto luminoso que tenía formado de la Universidad el insigne arqueólogo don Alfonso Caso —hermano del gran filósofo siempre llorado y recordado—, quien escribía, cuando venía meditando sobre el problema de la enseñanza superior: "El principio de libertad de cátedra y de investigación debe quedar consagrado como un postulado esencial para la vida misma de la institución universitaria"; y después de haber hablado de "la abstención de la Universidad en los asuntos políticos del Estado", añadía estas frases memorables: "Esto, por supuesto, no quiere decir que el universitario, por tener tal carácter, pierda el más general e importante de ciudadano, y que no conserve todos sus derechos, de acuerdo con las leyes de nuestro país, para organizarse, en la forma que lo estime conveniente, con el objeto de participar en la vida cívica. Pero la Universidad, como tal, ha de permanecer constantemente ajena a las cuestiones políticas."

Por ser, pues, según la voluntad de sus nuevos creadores, la Universidad de México un asilo de libertad e independencia, un nuevo templo consagrado a la ciencia, comprenderéis, queridos compañeros, con qué profunda satisfacción aceptamos nosotros, los nuevos doctores *honoris causa*, la honra de sentarnos a vuestro lado y formar parte de vuestro dignísimo claustro.

Pero hay más. En los días aciagos que nos ha tocado vivir, y que son tan recargados de preocupaciones y amenazas, observamos con dolor que, por causa de la técnica y maquinismo cuyos progresos se van desarrollando con vertiginosa velocidad, se pierde por todas partes el sentido de lo humano, y la noción de fraternidad universal. Lo espiritual retrocede delante de lo mecánico; la solidaridad, delante de la cruel competencia eco-

nómica. Ya no sabemos más lo que es la dulzura de vivir, el arte de armonizar el ritmo individual con la marcha del tiempo, cada día más precipitada y apremiante. Ya, y esto es lo más grave, no se tiene respeto a la persona humana a la cual se le quiere imponer un modo de pensar y de actuar, por haber desaparecido la virtud cardinal de las grandes épocas históricas, la tolerancia y la mutua comprensión.

Pues bien, nosotros creemos que en vuestra Universidad sigue por fortuna el culto al humanismo, que se mantiene aquí siempre viva la jerarquía estricta de los valores humanos, y que todos sus ilustres maestros, fieles al espíritu de la latinidad, a su tradición originaria más pura y fecunda, defienden las prerrogativas del hombre eterno, sin rehusar por tanto de servir incondicionalmente a la ciencia más moderna, tan dignamente representada en vuestras facultades e institutos. Por la busca incansable de lo que constituye la esencia y la autenticidad humana, vosotros trabajáis para fortalecer la gran comunidad mundial. Así lo hicieron los filósofos franceses del siglo XVIII y, verbigracia, Duclos, cuando escribía en sus *Consideraciones sobre las costumbres*: "Los hombres de mérito, de cualquiera nación que sean, no forman más que una entre sí."

Así lo proclamaba, por el mismo tiempo, un español ya olvidado, Agustín Foronda, cuando afirmaba: "El hombre es ciudadano del mundo." Así lo explicaba el Padre José Márquez, mexicano de la misma centuria, cuando se expresaba de este modo: "El verdadero filósofo es cosmopolita y tiene por compatriotas a todos los hombres; la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida."

Esta gran lección de solidaridad humana y de amor, bien la habéis oído vosotros, cuando —según me dijo mi amigo y colega, el Rector Garrido— habéis decidido incorporaros en la nueva Asociación Internacional de Universidades, tan llena de esperanza, de espíritu de amistad y concordia universal, y que cuenta con el valioso apoyo de la Unión de Universidades Latinoamericanas. Tampoco vuestro Gobierno la desatendió, pues, desde un principio, aprobó con entusiasmo la entrada de vuestro país en la Unesco, de gran prestigio internacional, cuyo director general, que rige sus destinos con mano firme y preclara inteligencia, es, por cierto, el gran mexicano don Jaime Torres Bodet.

Temo, señoras y señores, haber propasado los límites que me había fijado al principio de esta breve oración. Pero conozco vuestra benevo-

lencia y supongo que puedo contar con vuestra indulgencia. Al terminar, os quiero decir que mañana, cuando volvamos a nuestras lejanas Universidades, podremos dar cuenta a nuestros colegas que no tuvieron la suerte de asistir a este acto tan solemne, que México, su pueblo, su gobierno, y su Universidad, nos han acogido con un esplendor y un cariño verdaderamente emocionante; que aquí, en

vuestra poderosa capital de luz y de belleza, hemos participado en una ceremonia inolvidable de fraternidad espiritual; que, por fin, en este glorioso centenario, hemos afirmado con toda fe y energía, así la Universidad de México como sus hermanas del mundo entero, nuestra voluntad inquebrantable de consagrarnos a la ciencia y a la cultura, así como a la justicia, la libertad y la paz.

DISCURSO DE DON JAIME TORRES BODET

Director General de la Unesco

HACE TREINTA Y OCHO AÑOS, un colegial penetraba anhelosamente en el recinto de la Universidad de México. Y, con tímida pluma, anotaba su nombre al pie de la solicitud de inscripción para el primer curso de la que era, en San Ildefonso, su gran pórtico positivista: la Escuela Nacional Preparatoria. Se abrían ante sus

ojos. La filosofía, experiencia de rigor y, a la vez, aprendizaje insigne de tolerancia; disciplina y piedad del alma; diálogo infinito entre el hombre que vive dentro de una situación que le ha sido dada y el hombre que vive para comprender y, eventualmente, enmendar esa situación. Y, entre las probetas de la clase de química, el



El Coordinador de Humanidades de la UNAM, licenciado Agustín Yáñez, inviste con las insignias doctorales a don Jaime Torres Bodet.

ojos todas las tentaciones de la cultura. Las matemáticas, con sus símbolos y sus signos, capaces de medir en fórmula estricta lo mismo el diámetro de la tierra que el paralaje de un astro, o el esfuerzo de un ala... Las ciencias naturales, con sus metáforas hechas cuerpo, de sangre o de clorofila, flores que curan o que adormecen, pájaros que hablan, como en los cuentos; caballos y leones, de Buffon o de Plinio, resucitados siglos más tarde en el tema de un fresco de Diego Rivera o en el mármol de un endecasílabo de Díaz Mirón. La historia, con su desfile trágico o pintoresco, avanzando por los capítulos del manual, desde el Oriente de Sesostris y Nabucodonosor, hasta el Occidente de Morelos, de Lincoln y de Bolívar. La geografía, con sus excursiones inmóviles sobre el mapa, poema inmenso de naufragios y de conquistas, en cuyo texto, para separar las estrofas de los continentes, el mar inserta, con tipográfica pertinencia, el asterisco de una isla solitaria o los puntos suspensivos de un archipiélago.

telescopio del observatorio escolar y la botella de Leyden de una lección de física, la literatura, sueño despierto, espectáculo siempre activo, en que el espectador —quíralo o no— es actor irreal de lo que presencia: Eneo en Virgilio, Hamlet en Shakespeare o Don Quijote, cuando no Sancho, en la creación patética de Cervantes.

El colegial de que os hablo vivió, en aquella Casa de Estudios, la mayor aventura que puede vivir un joven: el descubrimiento — iba a agregar: la invención de sí mismo.

Maestros de mente honrada y de piedad sin flaquezas le guiaron en el periplo que es menester intentar para adentrarse en el propio ser. Cuando, ahora, al término de la madurez, el colegial de antaño ve lo que una experiencia de varios lustros ha ido depositando sobre su alma —en polen de esperanzas tenaces o en polvo de misteriosas melancolías— lo que comprueba, en primer lugar, es que cada acontecimiento de esa experiencia habría sido para él absolutamente dis-

tinto si, a fin de explicarle la vida, hubiera empleado la humanidad intérpretes menos serios, menos cordiales y menos justos que aquellos profesores estoicos y bondadosos.

El colegial de entonces, señores —lo habéis comprendido ya—, es el hombre que os habla hoy.

Crecido al amparo de la Universidad, es infinita la deuda que he contraído para con ella. He leído muchos libros, pero los que evoco, entre todos, con particular estremecimiento, son aquellos que consulté en sus bibliotecas: biblioteca oscura, vasta y monjil de la Escuela Preparatoria, biblioteca de Altos Estudios, clara y metálica, biblioteca de la Facultad de Jurisprudencia, en la cual no revelaré a muchos de los presentes ningún secreto si confieso que fueron más las horas que consagré a un amarillento ejemplar del *Espíritu de las Leyes* que a los flamantes volúmenes de los Códigos. He visto, asimismo, muchos países. Pero, al llegar por primera vez a cada capital visitada, una voz conocida me saludaba desde el andén o en el vestíbulo del aeródromo: la voz de mi viejo maestro de Geografía que, a través de los años y de las distancias, me repetía su mensaje conmovedor. Mensaje henchido —¿por qué negarlo?— de estadísticas ya pretéritas. Y, sin embargo, mensaje tan impregnado de honda sabiduría y tan penetrado de simpatía para todos los pueblos del mundo, que, bruscamente, en las calles de la ciudad extranjera, México revivía para mí al conjuro de aquel recuerdo de adolescencia.

Todo esto que os digo lo sabéis, sin duda, mejor que yo. Una balanza invisible pesa los actos de cada ser. La que, en mi interior, ha pesado constantemente los míos, buenos o malos, es una balanza moral construida aquí, comprobada aquí, en nuestra venerada Casa de Estudios. Su fiel es el fiel de México.

¿Cómo podría expresar más claramente la emoción que me embarga en este momento, cuando la Universidad se ilumina y se pone en fiesta para conmemorar cuatro siglos de historia, y cuando las autoridades que la administran —entre las que saludo a su eminente Rector— me llaman a compartir con ellas y con vosotros un regocijo en verdad filial? Pero hay más aún. Yo, que hubiera podido venir como el más modesto ex alumno a esta ceremonia, recibo en ella una distinción que nunca esperé. Me veo, de pronto, entre un grupo de mexicanos por los que siento una admiración acendrada durante lustros. Se me confiere al mismo tiempo que a ellos —y a un conjunto internacional de próceres del saber y de la enseñanza— el más alto honor que puede conferir la Universidad en un día de júbilo. Y me pregunto: ¿qué es lo que premia, en mi caso, el doctorado que

se me otorga? Al advertir lo exiguo de mis merecimientos, he de percatarme, por fuerza, de que este don tiene, antes que nada, el valor de un estímulo generoso.

Llevado por las circunstancias a trabajar en el seno de una institución erigida para defender la paz merced a la educación, la ciencia y la cultura, lo que en tal estímulo más lo obliga es comprender que implica, de vuestra parte, un aliento a perseverar en la empresa internacional en que participo. Aceptad por ello toda mi gratitud.

En un mundo en que las cicatrices se confunden con las heridas, en un tiempo en que las ideologías se combaten unas a otras, con tanta violencia y pasión como los ejércitos, frente a una humanidad a la que sólo el miedo de perecer en común parece persuadir, por momentos, de las ventajas de vivir en común, una obra de conciliación intelectual y moral no es, ahora, fácil ni cómoda. Sin embargo, ¿cuál más urgente? Y, a la postre, aunque lenta, ¿cuál más fructuosa?

Ciertamente, la educación, la cultura y la ciencia no lograrán evitar por su solo esfuerzo y en espacio de pocos años lo que no eviten, con prudente energía, los estadistas. Pero hace siglos que se dice lo mismo, ante cada crisis. Y los resultados de esa abdicación de la inteligencia son demasiado

cruces para no intentar una acción conjunta contra el desistimiento de los espíritus. Porque es deber de la inteligencia el generalizar en todos los hombres, por la cultura, el sentido de la responsabilidad popular, a fin de establecer un civismo internacional y hacer de la paz lo que debiera ser toda paz activa: el fruto de una colaboración permanente de todos los pueblos.

Estoy asistiendo, con la representación de la Unesco, a los debates del Consejo Interamericano Cultural. Ahora bien: ¿qué es lo que ese Consejo se propone? ¿Y qué es lo que busca la propia Unesco, sino el robustecimiento de una solidaridad que, por intelectual y moral, no sea exclusivamente el efecto de una alianza política o de un convenio económico?

En esa función de universalidad y de comprensión recíproca, las universidades han precedido valientemente a los Estados. En efecto, ninguna universidad digna de ese nombre puede reducirse a ser un gabinete de investigación, una fábrica de diplomas o, incluso, un conservatorio de cultura. Si, abrumadas por su papel instrumental —producir profesionistas— las universidades desdeñaran su aptitud más augusta —la de modelar caracteres de hombres capaces de entender, ayudar y querer a todos los otros hombres— la enseñanza superior tra-

cionaría la mejor de sus tradiciones y perdería su más egregio timbre de gloria.

Hombres universales, ejemplares completos de una humanidad verdaderamente solidaria, eso es lo que más falta hace a las colectividades febriles de nuestra época.

Si proyectamos una mirada objetiva sobre el presente de la civilización, advertiremos hasta qué punto el hombre de hoy depende de las técnicas, y en qué proporción el desarrollo de las técnicas depende, a su vez, de la investigación científica desinteresada. Las más sencillas gestiones de la vida social, los actos individuales más simples, están atados —como por hilos invisibles y tenues— a algún invento.

Gracias al aeroplano, a la radio, a la televisión, las distancias han sido acortadas para el cuerpo, cuando no suprimidas para el espíritu. Una especie de ubicuidad nos ha sido otorgada. El día, la semana, el mes, el año se han henchido de posibilidades que, antes, hubieran sido juzgadas ilusión de un fantástico novelista. Y esto ocurre, precisamente, en un período de la historia en que el promedio de la longevidad del hombre ha aumentado de manera considerable.

Parece como si, en el transcurso de una sola generación, nuestra existencia hubiera extendido maravillosamente sus límites, en el tiempo y en el espacio. Cuando se escriba la epopeya del siglo XX y, sin omitir el relato de los desacuerdos y de las batallas, se haga el registro de las victorias pacíficas del saber, se llegará a una conclusión que, para vosotros, resulta obvia: la de que hemos vivido —y estamos viviendo— la revolución técnica más profunda que hayan conocido los hombres desde la era en que los habitantes de las cavernas comenzaban a domesticar, no sé si inconscientemente, los elementos que la naturaleza ponía a su alcance.

Lo que esta revolución técnica reserve a la humanidad, no seré yo quien acepte el riesgo de imaginarlo. Muchísimo bien, sin duda; pero acaso, desde otros puntos de vista, muchísimo mal. Basta recordar el conflicto último, para darse cuenta de lo que puede aguardarnos en uno y en otro extremo.

Penetramos así en un terreno muy delicado: el de las amenazas que una ciencia sin equilibrio moral puede representar para la civilización. No pretendo, por cierto, acusar a la ciencia de las destrucciones ejecutadas en su nombre. Hacer responsables a los investigadores —y a ellos nada más— del estado internacional que provoca esas destrucciones, sería descargar fácilmente, sobre una minoría, una responsabilidad que todos compartimos y que, mientras la paz no se consolide, será una responsabilidad mundial. Pero, sin llegar al punto en que



COMPRE CERTIFICADOS DE PARTICIPACION . . .

En el programa tendiente a impulsar el desarrollo económico del país la NACIONAL FINANCIERA, S. A., continúa cumpliendo su parte, al estimular en una forma cada vez más vigorosa el desenvolvimiento industrial de México.

Es a través de sus emisiones de *Certificados de Participación* como la Nacional Financiera ha logrado absorber una considerable porción del ahorro público —más de 1,000 millones de pesos hasta el 31 de enero pasado— encauzándolo hacia la promoción de industrias que reafirman la estructura económica de México.

Colabore usted en esta magna tarea permitiendo que sus ahorros, junto a los de miles de mexicanos, se traduzcan en inversiones productivas de las que depende en buena parte nuestro progreso.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza 25

Apartado 353

México 1, D. F.

(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio N° 601-II-7399 de 28 de abril de 1948.)



la creación de la ciencia escapa a la ciencia ¿no creéis que hasta la ciencia más pura lleva en sí misma un enemigo tácito y cauteloso? ¿Y no pensáis, acaso, que ese enemigo es la abstracción desmedida en que se complace, crecientemente, cada especialidad?

Un admirable químico decía, en la pasada centuria, que la generación de los químicos que habían sabido toda la química estaba llamada a morir con él. Su declaración era una prueba de modestia más que de jactancia, pues quien la hacía se daba cuenta de que la ciencia había entrado en ese período de expansión en el que los campos se restringen porque se profundizan y en que los planos se reducen, para poder enfocarlos mejor.

Sin embargo, aun reconociendo el mérito incalculable que implica el ser especialista de algo —y de algo concreto—, me perdonaréis que insista en la necesidad de que el especialista no olvide nunca que su tarea fundamental es la de ser hombre. Fuera del gabinete, la vida existe también. Y cuanto mejor comprenda la función social de su actividad en el drama de esa vida exterior a su gabinete, mejor será la contribución del sabio a la ciencia del mundo — y a su conciencia.

“Ciencia sin conciencia no es sino ruina del alma” escribía, hace más de cuatro siglos, un hombre que toda-

vía parece hoy un soberbio enigma, por los contrastes de inteligencia y de instintivos excesos en que se deleitaba. Tal frase adquiere, en nuestra era, trágica actualidad.

La conciencia a que aludo no es solamente aquella que conduce al investigador y al descubridor a una vigilancia constante de sus recursos técnicos y a una subordinación absoluta a las normas de la verdad. Semejante regla me parece primordial requisito en todo estudioso. En su aspecto más perceptible, esa es la que el público llama, atinadamente, la conciencia profesional del sabio. Pero hay otra, mucho más amplia y, en los mejores, mucho más honda, espejo en que el sabio mira la imagen de su verdad, proyectada sobre la perspectiva completa de la cultura a que pertenece. Ahí, en esa confrontación esencial y conmovedora de lo que se sabe con lo que se es, ahí, sobre todo, es donde se aprecia el valor humano de una verdad. Y ésa, señores, es la conciencia sin cuyo lúcido predominio sería la ciencia, tan sólo, ruina del alma.

Tal conciencia implica una solidaridad interior de todos los aprendizajes y todas las experiencias del individuo, porque constituye una síntesis —universitaria y universal— que rebasa el marco estrecho de la profesión y asocia, en una sola virtud, la bondad y la inteligencia, la sensibilidad y el carácter, la especialización del sabio y la integridad del hombre.

Ya lo afirmaba en 1910, con su majestuosa elocuencia, don Justo Sierra: “No; no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.” Y reconocía, en seguida, que hay problemas eternos que la Universidad no tiene derecho a menospreciar; y en presencia de los cuales, “el hombre no es más que el hombre, en todos los climas y en todas las razas”. “Es decir —exclamaba magistralmente— una interrogación ante la noche.”

No sé si la ciencia, la educación y la cultura podrán dar, por sí solas, una respuesta definitiva a esa tremenda interrogación. Pero sí estoy seguro de que, sin el auxilio de la cultura, de la educación y de la ciencia, toda otra respuesta será precaria.

Apreciar en la vida, incesantemente, la oportunidad de un servicio público, sentirse en cada momento responsable de los demás como de sí mismo, estimar en los beneficios del saber o del arte una obligación sagrada de asistencia y de amor para cuantos viven sobre la tierra, ver en la justicia una vocación de fraternidad humana, tratar, en fin, de fundar la paz sobre el respeto de todos los pueblos, he ahí la lección mayor de

toda gran Universidad. He aquí la lección que incumbe, en México, a nuestra Casa de Estudios. He ahí la razón del magnífico estímulo que para mí significa el diploma con que me honráis.

He hablado, hasta ahora, a los maestros. ¿Y cómo podría no hablar, ante todo, a ellos, un hombre que les debe las mejores satisfacciones de su existencia? De niño, el primer encuentro con la imagen de un universo lógico y sistemático. De estudiante, el apasionado reclamo de las voces seductoras de la cultura. Y más tarde, cuando tuve el singular privilegio de servir en la Secretaría de Educación Pública, el ver cómo la Patria se hace todos los días —y cada día— en los ojos del párvulo sorprendido por la revelación magnética de las cosas, o en la mente de los analfabetos que, tras de la fatigosa jornada, en la escuela rural nocturna, deletrean con ansiedad, sobre la humilde cartilla, el amor de México! . . .

Pero no podría terminar sin dirigirme a mis jóvenes compatriotas. Ellos —y sus hermanos del mundo entero— son la justificación esencial de nuestro existir. La lámpara que cuidamos, en el santuario de nuestra intimidad más celosa, no tiene otro sentido que el de poder alumbrarles un poco en la ruta por la que avanzan hacia la luz superior que todavía nosotros no poseemos. Nuestros fra-

casos nos duelen menos cuando sentimos que su recuerdo podrá ahorrarnos un desastre posible o un viejo error. Y nuestros aciertos nos confortan porque pensamos que tal vez consoliden en su conciencia ese optimismo viril que es imprescindible para insistir, hasta la muerte, en la busca incesante de la verdad. Para ellos, que son promesa, la palabra mejor de mi corazón.

Un aniversario, señores, es siempre una cita con el destino. La Universidad Nacional Autónoma acude a esa cita con entusiasmo y con lealtad. Un pasado ilustre la induce a superarse. Un inmenso futuro la aguarda en esa Ciudad Universitaria, cuyas obras vemos con pasmo. Sobre el paisaje austero elegido para su construcción, los edificios de esa Ciudad del mañana son el mejor testimonio de la fe que el pueblo y el Gobierno de México depositan en los valores del espíritu.

Ningún símbolo podría representar de manera más vigorosa el augurio que elevo, en nombre de la Unesco y en mi propio nombre, para el porvenir de la Universidad Nacional Autónoma. ¡Que sea, siempre, una fuerza libre, regida sólo por las leyes de la verdad! ¡Que sea, siempre, una fuerza auténtica, expresión genuina y cordial de México! ¡Y que sea, siempre, una fuerza pura, defensora sin reticencias de la libertad y la dignidad del hombre!

CLASICOS Y MODERNOS CREACION Y CRITICA LITERARIA

VOLUMENES PUBLICADOS

1

LITERATURA ESPAÑOLA SIGLO XX (Segunda edición). Por Pedro Salinas, \$ 12.50.

2

PAISAJES Y LEYENDAS, TRADUCIDAS Y COSTUMBRES DE MEXICO (Segunda serie). Por Ignacio M. Altamirano, \$ 12.50.

3

LITERATURA MEXICANA SIGLO XX (Primera parte). Por José Luis Martínez, \$ 15.00.

4

LITERATURA MEXICANA SIGLO XX (Segunda parte). Guías bibliográficas. Por José Luis Martínez, \$ 10.00.

5

LITERATURA ESPAÑOLA. Hasta fines del Siglo XV. Por Agustín Millares Carlo, \$ 17.50.

DE VENTA EN LA

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Esq. Guatemala y Argentina
México, D. F.

Solicite nuestro Boletín
Mensual "Avisos"

SEGUROS DE MEXICO, S. A.

Seguros sobre la Vida



OFICINAS GENERALES:

San Juan de Letrán 9

Tels. 10-46-60 y 35-31-16

MEXICO, D. F.